

LOS DOS MARXISTAS

UNO hirsuto, rasurado el otro; Fidel Castro revestido de su traje de combatiente en campaña, Salvador Allende con el traje gris perla del burócrata burgués, cada uno de los dos Jefes de Estado marxistas de Hispanoamérica han aportado al abrazo de Santiago de Chile los signos visibles de las dos «vías», la del asalto revolucionario y la del legalismo desde dentro del sistema. Hubo un tiempo en que parecieron inconciliables. En la Tricontinental de La Habana hubo rupturas importantes por esa causa. La caída de Guevara y, luego, el triunfo de Allende eran razones en favor de los partidarios del «entrismo» en el sistema; la acción guerrillera de los tupamaros, con su idea de traspaso de la lucha del campo a la ciudad, repleta de triunfos, fortalecía a los partidarios de la violencia. Pero ahora los tupamaros han colgado sus fusiles para dejar paso a la posible fórmula del acceso al poder en la legalidad, con el «Frente amplio» que quiere romper en las elecciones presidenciales del Uruguay, el día 28, el tradicional turno de poder derechista entre «Blancos» y «Colorados». Sería una tercera «vía», una vía mixta: la vieja política demolida por los comandos, para dejar paso a la nueva política. Aún habría una «cuarta vía» en Hispanoamérica: la del Perú, frustrada ya la de Bolivia con la caída de Torres, la de los «nuevos militares». Un reciente estudio de la revista soviética *América Latina*, que dirige el hijo de Mikoyan, asegura que los militares peruanos sostienen una «política antiimperialista y progresista», y generaliza ya hablando de que en instituciones hispanoamericanas «tan inmutables como el Ejército y la Iglesia católica» se abren tendencias democráticas y revolucionarias. Y hacia Lima va —si no hay cambios en el programa— Fidel Castro, después de sus diez días en Chile.

EN esto de las «vías» o de las «fórmulas», las izquierdas parecen tan alucinadas y tan míticas como las derechas. Con la diferencia, en contra suya, de que inmediatamente tratar de intelectualizar y de convertir en doctrina lo que es un «caso». La ilusión por repetir el octubre de 1917 ruso ha ocasionado verdaderas matanzas entre sus imitadores —a comenzar por la de los espartaquistas alemanes—. «Che» Guevara quiso crear «varios Vietnams» en Hispanoamérica, y cayó en el empeño, no sin antes producir la doctrina de «¿Revolución en la revolución?» resumida por Régis Debray. El mimetismo por el mayo francés ha destruido muchos movimientos estudiantiles internacionales. Ahora, François Mitterrand se ha ido a Chile para estudiar la «vía chilena» y la posibilidad de llevarla al sistema electoral francés, al mismo Chile donde poco antes Frei trataba de repetir el sistema de contención centroizquierda que había ilustrado en Europa la democracia cristiana del italiano De Gasperi, el francés Bidault, el alemán Adenauer y sus otros muchos seguidores. No se comprenden bien estos mimetismos, ni me he acostumbrado nunca a la existencia de un maoísta inglés, por ejemplo, o un castrista alemán, donde la semejanza entre las chimeneas de las fábricas y la caña de azúcar sólo puede ser delirante. Menos se entiende este intento de repetición de fórmulas en marxistas a los que sin duda Marx enseñó a defenderse contra «la resurrección de los muertos» y evitar la parodia de las luchas antiguas y les invitó «a reencontrar el espíritu de la revolución y no a evocar de nuevo su espectro» («El 18 brumario de Luis Bonaparte», 1852).

LA cita de los dos estadistas viene con un año de retraso. Se pensó, primero, que el comandante Fidel Castro iría a Chile para la toma de posesión del Presidente Allende, pero prevaleció una idea de prudencia, una idea de que el viaje sería prematuro y parecería una provocación, y fueron precisamente los cubanos los que desaconsejaron el encuentro. Aún ahora el jefe del Gobierno cubano ha hecho todo lo posible por no resultar estridente. Bajo la guerrera de campaña había un nuevo diplomático, y aun se le ha visto vestir el uniforme de gala, quizá por primera vez en su vida. Ha retraído sus palabras, alegando varias veces el protocolo, y al ir a depositar flores en el monumento a Martí, ha pasado de largo, sin mirar, junto al monumento al «Che» Guevara. Ha rehuido una pregunta acerca de si pensaba entrevistarse con Lanusse, ha sido discretamente elogioso

para con Perón y el peronismo. Pero ha desmentido severamente que Cuba vaya a integrarse en la Organización de Estados Americanos. Sin embargo, hay rumores insistentes de que la OEA quiere abrirse a Cuba, como lo hay de que los Estados Unidos llevan un tiempo buscando un medio de aproximación a Cuba, como lo hicieron con China. Rumores menos solventes dicen que en Cuba hay una facción «dura» que se opone a una apertura hacia los Estados Unidos, como debió serlo la de Lin Piao en China, y que podría haber algunos acontecimientos interiores, incluyendo la retirada de Fidel Castro. Para otros, el primer viaje de Fidel Castro al extranjero —excluyendo la espectacular visita a la ONU— tiene el valor de una primera rotura del bloqueo cubano, de la inauguración de una nueva etapa diplomática.

ALLENDE ha coronado así su primer año de gobierno, y la visita de Fidel Castro puede ayudarle a contener el «desbordamiento por la izquierda» que estaba padeciendo con carácter acentuado. Castro en persona ha ido a ver a los mineros para decirles que cesen en sus peticiones excesivas de aumento de salarios, bajo la doctrina de que las minas nacionalizadas pertenecen a todos y cualquier desequilibrio en su economía repercutiría en la nación entera. Para la extrema izquierda, las reformas económicas de Allende se aproximan a un «capitalismo de estado» más que a un verdadero socialismo, no acepta que, desde el poder, se pueda perder el control parlamentario, pide una Asamblea Popular —las dos Cámaras se han refundido ya en una, pero la izquierda sigue siendo minoritaria—, les parece que la reforma agraria se hace con lentitud... Simultáneamente, Allende ha visto disminuir su cobertura a la derecha; la democracia cristiana se ha aliado con los conservadores del partido nacional, los moderados del partido radical se han retirado de la alianza con el grupo gubernamental por miedo al marxismo. La serie de nacionalizaciones, que han hecho propietario al Estado de todas las fuentes de producción del país, el reparto de tierras, la restricción de importación de alimentos, el bloqueo de salarios para contener la inflación, son medidas que unos consideran exageradas, otros demasiado cortas. Pero son medidas que configuran un amplio programa de gobierno. Si Salvador Allende y su equipo consiguen continuarlas sin un desequilibrio económico, si la producción en los sectores nacionalizados no decae y se consiguen mantener los precios en el mercado exterior, si las medidas de réplica de los Estados Unidos por la nacionalización del cobre no son excesivamente duras, Allende habrá podido abrir realmente la «vía pacífica del socialismo». Los condicionantes, como se ve, son muchos.

ALLENDE trata de evitar un bloqueo serio de los Estados Unidos, que sería su peor enemigo —Cuba lo ha podido sufrir por su economía de guerra, por su tensión de revolución permanente, y aún así su economía está muy gravemente dañada por él; pero en Chile, con prensa libre y partidos de oposición, con una derecha fuerte y un Ejército que puede salir de su neutralidad, sería distinto—, y busca sus alianzas por un camino diplomático hispanoamericano. Sus dos entrevistas con el argentino Lanusse, sus viajes a Ecuador, Colombia y Perú, tienden sobre todo a prevenir ese bloqueo y a asegurar su respeto por los regímenes diferentes, y aún muy diferentes. Podría ser también, esta, el nuevo camino emprendido por Cuba.

SI hace poco se comentaba en estas páginas un cierto regreso a la política de naciones y potencias referidas a grandes situaciones mundiales y al triángulo China-URSS-USA, podría ahora aplicarse el esquema a una nueva tendencia en una zona amplia de Hispanoamérica. Junto a las dos «vías socialistas» de Cuba y Chile, Perú no puede considerarse como tal socialismo, pero la nacionalización de la International Petroleum Company, la profunda reforma agraria que ha repartido realmente buenas tierras, las nacionalizaciones en la Banca, teléfonos, pesquerías y, finalmente, la creación de las «comunidades obreras», han modificado en estos tres años la fisonomía del país. Si se cumple en sus extremos, la ley de comuni-

dades prevé que éstas reciban cada año un 15 por 100 de los beneficios, y que esos beneficios se acumulen hasta que la comunidad se convierta en propietaria de la empresa. La derecha sigue con atención este experimento, y el general Velasco Alvarado llama continuamente a la izquierda («aun a aquellos que están en el rojo vivo —suele decir—, porque hay, entre ellos, muchos patriotas») para que no malogre el experimento. La crítica al régimen hay que buscarla en una izquierda situada más allá incluso de los «grupúsculos» clásicos, como la que representa Ricardo Pumaruna-Letts, para quien la experiencia de los militares en el poder es una economía mixta «que extiende la explotación y favorece el Imperialismo», y conduce al fracaso «a los militares peruanos y, con ellos, al partido comunista prosoviético y a los grupos trotskystas que les sostienen».

EN el terreno de las hipótesis está el dudoso pero posible triunfo del «Frente amplio» de Uruguay —dudoso, también, que si triunfase, consiguiese realmente el acceso al poder; pero, sostenido por el brazo armado de los tupamaros, su evicción por la fuerza podría situar al país en una guerra civil abierta— y las sospechas de que la terrible crisis de la Argentina pudiera terminar en una especie de régimen sindicalista con base en el peronismo, aunque Lanusse pudiera continuar en la Presidencia. Si estos dos difíciles acontecimientos se produjeran, toda la mitad Sur del subcontinente se desgajaría de la estructura política conocida hasta ahora, que es la de la hegemonía de los Estados Unidos.

LA tendencia iniciada por los Estados Unidos de desprenderse de sus compromisos exteriores, las reticencias del Congreso al expansionismo, la «moral de victoria» de los países pequeños en la ONU, parecen favorecer la situación y crear una coyuntura favorable. Ciertamente, los Estados Unidos no van a cesar de ejercer todas las presiones posibles para obtener, al menos, las mejores indemnizaciones posibles para sus compañías nacionalizadas en Chile y los otros países hispanoamericanos. La «Enmienda

Hickenloper» —por la cual se determina la suspensión de ayuda a los países que nacionalicen bienes americanos— está aún vigente, aunque se aplique poco, pero su valor ha descendido mucho desde el momento en que la tendencia de las Cámaras de los Estados Unidos es la de suspender totalmente esa ayuda a todos los países, «buenos» o «malos». De la misma forma, la sobretasa de las importaciones en los Estados Unidos afecta también a los países hispanoamericanos, que ven así evaporarse una cierta parte de su mercado exterior. Aún así, un enviado de Nixon, Finch, ha ido a Perú para prestar 31 millones de dólares que ayuden a paliar los daños de los terremotos del año pasado, y continúa su viaje por otros países —Ecuador, Argentina, Brasil, Méjico, Honduras—, aunque sus declaraciones intempestivas y despectivas —Roosevelt y Kennedy, con sus ayudas, convirtieron a Sudamérica en un grupo informe de repúblicas bananeras— harán perder toda simpatía a esta torpe mano tendida por Nixon.

PARECE que la situación, tal como está planteada, desborda en mucho las polémicas de las «vías», supera las viejas tendencias a exportar ideologías. Lo que se configura —con más o menos posibilidades: el futuro no está escrito, y se trata de una simple iniciación— es la convivencia de una serie de naciones con regímenes distintos, con su propia manera de hacer frente a sus problemas económicos y sociales, que quizá sean capaces de ayudarse mutuamente, con una evolución política interior propia, y con una tendencia creciente a desprenderse de la presión económica, política y militar de los Estados Unidos, lo cual podría ser más fácilmente realizado si la tendencia al aislacionismo iniciada ya en Washington entrara en vías reales.

LOS dos marxistas de Chile pueden, ahora, marginar incluso su marxismo, en el sentido en que parecen en esta oportunidad marginarlo países como China y la Unión Soviética. El salto desde la Tricontinental de 1966 sería —ha sido ya— tremendo.

ALENDE ha coronado su primer año de gobierno, y la visita de Fidel Castro puede ayudarle a contener el «desbordamiento por la izquierda» que estaba padeciendo con carácter acentuado».

